

LA CIUDAD COMO INFIERNO: Modernidades guayaquileñas frente la destrucción asegurada

Robert Priessman Fenton III, PhD(C)

Docente, Universidad de Guayaquil

Resumen

La relación entre la historia y la vida cotidiana en los estudios urbanos sigue provocando grandes discusiones dentro de la sub-disciplina. Este breve artículo postula una lectura histórica del desarrollo urbano en Guayaquil para poder entender las políticas económicas y simbólicas surgiendo de la regeneración urbana contemporánea. Condensó el argumento que surge de un proyecto de investigación histórica-comparada en torno al tema de las presentes realidades de las ciudades ecuatorianas, enfocando en el caso de Guayaquil, para desentrañar las intersecciones de la cultura, la economía y el mundo sistema en cuanto a la coyuntura actual de fuerzas sociales en la urbe y más allá de sus espacios materiales.

Palabras clave:

Guayaquil, Urbanización, Imaginarios Urbanos, Regeneración Urbana, Walter Benjamin.

El pensador alemán Walter Benjamin (1999), en sus análisis sobre las transformaciones del espacio urbano durante el siglo XIX, comentaba que la modernidad consistía del constante choque entre lo nuevo y lo antiguo generalizado en una condición social. Dentro de la cual, se decía, materializada en las prácticas cotidianas de la cultura capitalista la modernidad se debería entender como un infierno caracterizado por una ansiedad perpetua atada a la invariable normalización de lo nuevo. Evitando el atraso, las ciudades tanto como sus ciudadanos se deberían actualizar constantemente, y, por lo tanto, la perene busca de la moda se convierte en una condena fija. Lo asombroso de las historias urbanas en ciudades como Guayaquil no solamente se observa en las capacidades que poseían sus moradores para renovarse y sus ciudades, como pruebas de una enorme elasticidad y creatividad humana, sino como ese terror modernizador se hace rutina a todo costo. Por un lado, se atestigua a los cambios materiales en la configuración espacial citadina, y por otro lo repetitivo que sean esas intervenciones humanas en perfeccionar su entorno social—que al fin y al cabo será destinado a fracasar como tantas veces se hizo en su historia.

Aquí exploraré e interrogaré los intentos disparados con el nuevo milenio para renovar la ciudad de Guayaquil a través de una serie de

intervenciones municipales y estatales. Argumento que no solo se reflejan esas intervenciones ciertas modas de las imágenes “mundializadoras” de las ciudades globales, del uso de la regeneración urbana para poner en marcha a los procesos de acumulación capitalista, sino una negociación dirigida desde arriba para abajo sobre el significado de la modernización urbana particular a las experiencias históricas que enfrentó la ciudad. Por encima de las ruinas del pasado, materializado en los espacios urbanos durante los booms y colapsos económicos, la presente ronda de “renovación” literalmente conjura las imágenes del pasado glorioso en busca de legitimarse, como extensión, prolongación, de un proceso cuasi-natural. ¿Pero es así? Este ensayo se pone a interrogar la conexión entre un imaginario urbano, lo de *Guayaquil Antiguo* (véase Benavides 2010), y su utilización durante los últimos años en la regeneración urbana.

Todo lo líquido se solidifica en imaginarios...

La urbanización capitalista se entiende como la producción del espacio, implicada en la extensión de redes infraestructurales de espacio construido y cartografías humanas y culturales, mediada y estructurada por las relaciones sociales del capitalismo mismo (véase Lefebvre 2013; Castells 1974). La esencia normativa—es decir las tipologías y contenedores empíri-

cos de las varias ciudades—de estos procesos, se destaca Brenner y Schmid (2015), mantiene cierta autonomía mediante las fuerzas estructurales de las esencias constitutivas del “contexto de los contextos” de capitalismo global. Es más, la historia espacial del capitalismo se despliega como un incesante proceso de configurar y reconfigurar los espacios sociales valorizados para la producción y atracción de plusvalía. En cambio, estas posturas fallan en la articulación de la importancia de la (ciudad como) historia y la (ciudad como) cultura y las investigaciones económicas.

Guayaquil, desde mediados del siglo XIX hasta la segunda década del siglo XX, goza de altas tasas tanto de rentabilidad en sus industrias principales (la exportación del cacao) y en el crecimiento de la urbe misma. Con la circulación de plusvalía dentro de la costa, una serie de proyectos de mejoramiento urbano (servicios básicos, sanitarios, canalización, transporte, etc.) se empiezan a fijar el espacio según una visión impregnada con el momento histórico acorde a los recursos económicos destinados para la producción espacial. Lo líquido, es decir la plusvalía, se convierte en espacio material, lo cual estructura y es estructurado por la actividad social de la ciudad. En otras palabras, el espacio citadino refleja las representaciones y prácticas históricas de las gentes

quienes lo construyeron (formas, rutas, patrones) y quienes lo imaginaron (imágenes, ideologías, estética, etc.). Cabe señalar que Guayaquil se consolidó material-ideológicamente durante este lapso cuando el capitalismo cacaotero se estampa en la ADN de su espacio (Rojas y Villavicencio 1988).

La caída de la economía cacaotera no detuvo, sin embargo, al proceso urbanizador visto en la ciudad. Desde los 20 hasta los 40, en plena depresión económica, la ciudad crece sin base—sin plan como dirían algunos. Las redes económicas fueron reconstituidas o destruidas—entre la ciudad y el campo, la ciudad y las metrópolis norteafricanas—pero se expandía, principalmente por los trabajadores agricultores desalojados por el colapso del cacao, en los sectores marginales de la ciudad. En este periodo, también, se reconstruyó el significado del proyecto fallido de la elite: Guayaquil moderno se convierte en *Guayaquil Antiguo*. En otras palabras, con Robinson (2006), el discurso de *Guayaquil Antiguo* se transforma en una ficción reguladora en cuanto a la interpretación y justificación del desarrollo urbano protagonizado por el municipio en la ciudad de Guayaquil. El espacio material y las “prácticas espaciales” como decía Lefebvre (2013), se sedimentaron, se modificaron, se reconfiguraron, pero el discurso espacial ideológico—construido por encima las rui-

nas del capitalismo cacaotero—se mantiene. Su visión, nacida en los deseos modernizadores de la elite local en el cierre del largo siglo XIX (1870-1920), se basa en la exclusión de representaciones de lo popular “tropical” e indígena de los sectores estratégicos: principalmente de la “cultura” no mestizada, los vendedores ambulantes, el “desorden,” y cualquier otro elemento no ameno a la campaña ideográfica empleada en la construcción de imágenes “mundializadas” del progreso guayaquileño.

La licuefacción de Guayaquil frente a los modelos sólidos

Tras el derrumbe del cacao y el crecimiento caótico de la ciudad, los sectores populares entran contundentemente en el escenario político. A la vez, la visión urbana consolidada en *Guayaquil Antiguo* se convierte en lo que Benjamin (1999) describe como “las imágenes del sueño,” mitos y deseos fetichizados del pasado que actores en el presente citan para justificar intervenciones sociales. Dentro de tales imágenes, lo popular se recupera como eje principal por el cual la organización actual se justifica, como base cimentada por los símbolos y prácticas culturales extendiéndose hacia el pasado colonial y precolombino. Simultáneamente, lo popular se excluye de representación en las fotos de la época anterior, dando la impresión que las diferencias entre clases y etnias fueron superadas gracias a la cos-

movisión modernizadora del liberalismo radicado en la ciudad. Dentro de lo popular, se podría decir, existe dos tendencias antagónicas: la que se acopla con la fusión de modernización-mestizaje, y la otra que busca reproducir el caos del campo dentro de la ciudad misma. La primera se alinea con el progreso, lo apoya, mientras la ulterior lo interrumpe y lo destroza, justificando su exclusión.

Dentro de los estudios urbanos la brecha entre la economía política y las teorías culturales—sin querer menospreciar la política y la administración pública—se abre más pronunciadamente en los lapsos de crisis cuando, por necesidad, el flujo económico se reconfigura mientras los patrones culturales se mantienen. Si el espacio urbano se reduce al movimiento de la actividad económica, se suele decir ¿Por qué se observa tanta variación entre las diversas ciudades del mundo? ¿Qué causa que algunas ciudades se caractericen por la industrialización, otras por el comercio y otras por sectores muy amplios de la informalidad? ¿Cómo es posible que esas realidades e historias muy diversas se reduzcan a una categoría muy llana y universal de “lo urbano” plenamente asociada con “la ciudad”? Propongo que el problema yace en la epistemología de “lo urbano” como tal, tomando las críticas de Castells (1974) y Saunders (1981) van al corazón.

Lo urbano no hace referencia a ningún tipo social de hábitat, ni contenedor de actividades, y mucho menos ningún modo de vida. Sin embargo se entiende como una red de actividades, edificios e infraestructuras interconectadas por la producción y circulación de mercancías. Por lo tanto, lo urbano es como un tejido planetario que se extiende más allá de las ciudades mismas expresando problemas globales (Brenner y Schmid 2015). Pero como red interconectada, cada nodo mantiene su propia existencia vinculando y desvinculándose con los demás, abriendo espacio para que culturas únicas, pero no autónomas, se desarrollen en plena globalización. Cada nodo, por un lado tiene que adecuar sus relaciones externas con otros nodos en el tejido planetario, pero por otro lado, el espacio interno “se fija” alrededor de ciertos patrones culturales y económicos corrientes. David Harvey (2004) en su análisis de la fijación espacial resalta esa tendencia histórica en el desarrollo dentro de la cual el “espacio construido” se congela mediante ciclos de inversión, actividad económica y condiciones macro-estructurales en la economía política. Un nodo, entonces, erige las mismas barreras que le impedirán en un momento posterior. Sin embargo, Harvey no explora la relación entre esas fijaciones espaciales y la perpetuación de patrones culturales, por lo menos en condiciones urbanas dependientes.

Es por eso que analizo el corto siglo XX en Guayaquil como un proceso extendido de licuefacción—el derretir de la fijación espacial establecida finales del largo siglo XIX—mientras que los imaginarios urbanos, las ficciones reguladores y cartografías conceptuales del *Guayaquil Antiguo*, seguían guiando la orientación cultural de las elites en relación con los sectores populares, en sus planes modernizadores y, en especial, en las propuestas que generaron para superar la decadencia. En otras palabras, la mitificación del pasado se congeló en imágenes del sueño en las cuales se plantea un rescate del “progreso desviado” mientras las condiciones materiales que hicieron posibles esas imágenes se irrumpieron, dejando atrás ruinas materiales e ideográficas. Más concreto, la ciudad de Guayaquil se construyó con la producción y exportación del cacao que le permitió “modernizar,” sin poder desvincularse de la dependencia. Los sueños del pasado, estresando la modernización para superar los atrasos culturales, etc., perdieron su base material en la producción agrícola con la crisis, aunque seguían encauzando al desarrollo urbano. Las ruinas del capitalismo cacaotero, es decir el espacio construido de la ciudad, no se convierten en indicadores de las debilidades del sistema liberal y la ideología del progreso, sino como métricas aludiendo a los defectos inherentes del pueblo guayaquileño, particularmente arraigadas en la cultura popular.

Nuevos sueños (ruinas) y el desplazamiento del Guayaquil Antiguo

Tan importante ha sido el rescate de los lugares céntricos e históricos para la regeneración urbana y la elite que la guiaba durante los últimos 20 años que se merece más escrutinio en cuanto a su significancia (véase Delgado 2013). Por un lado, la historia guayaquileña desde la caída del capitalismo cacaotero se puede entender, en términos ideológicos y materiales, como un lento proceso de “popularizar” el espacio urbano—no por el despliegue de una supuesta y anticipada “derecho a la ciudad” sino por el abandono relativo por la elite del casco central. La constante reubicación de la elite, al Barrio Centenario, a Urdesa y Ceibos, y a la Puntilla y Vía a la Costa, corresponde con una ampliación de los sectores populares asentados en la parte principal de la ciudad. Sin embargo, empezando en los 80, con la difusión del urbanismo neoliberal, el retomar de los centros como proyecto político avanza como una reconfiguración planetaria del rol estratégico del centro en la economía política de las municipalidades en plena fase ascendente de la globalización—proyecto que el Partido Social Cristiano articulará con gusto.

Poco a poco se ve, particularmente desde los 90, una política municipal más proactiva en cuanto al controlar y desmembrar a los focos

sembradores del “caos” urbano—que la elite los tilda de sectores populares, la informalidad y las invasiones. Se puede observar, tanto en el enfoque explícito de los proyectos como en su estética, como esa neoliberalización global se interpreta mediante una realidad local. Como otras ciudades en la región, Guayaquil se reorienta hacia la proliferación del capital financiero regional, principalmente a través del sector bancario, las rentas petroleras y la importación. A la vez, el desarrollo del sector inmobiliario absorbe cantidades enormes de plusvalía en nuevas fijaciones espaciales, tanto la construcción de nuevas ciudadelas cerradas en las periferias como en “mega-proyectos” apuntados a reconquistar el centro histórico y vías públicas con fines de amansarlos del desorden crónico. En ambos procesos se puede observar el despliegue de una estética posmodernista de “Miami mundial,” con su mezcla de elementos de parques de diversión, Art-Deco, colores vibrantes, diseños mediterráneos, la ubicua utilización de marcas en espacios públicos, y otros elementos desprendidos de contextos históricos y culturales re-ensamblados en la mercantilización de estos sectores como “imágenes” modernas y mundializadas (Allan 2018).

Esta reconquista no solamente se trata de renegociar el sentido cultural de Guayaquil, sino también controlarlo, excluyendo de ellos

los indeseables—principalmente gente pobre con emprendimientos “informales.” Por un lado esto se materializa con nuevas formas de vigilar los espacios retomados, que cuentan con el auspicio constante de guardianes y vigilantes interrumpiendo las actividades de los vendedores ambulantes. A la vez con esa vigilancia se desenvuelven nuevos discursos disciplinarios en cuanto al performance del espacio “público,” encabezado con las representaciones reconfiguradas de una campaña de publicidad promovida por las autoridades municipales de la caricatura del Juan Pueblo. Por otro lado, la “privatización” del espacio público eleva los costos asociados con el pasear por el centro/malecón, ya que los vendedores ambulantes son controlados, abriendo paso a negocios formales que habían invertido en el desarrollo de los proyectos.

Por otra capa superpuesta, la nueva ronda de reconfigurar el espacio urbano de la urbe toma la centralidad histórica como base principal para poder demoler los rasgos y escombros de la ciudad histórica. Este proyecto fracasará ya que por un lado las trazas de la historia no solamente se edifican en los espacios materiales, sino también en los imaginarios urbanos que perduran en la memoria colectiva y las prácticas habitadas. La promesa del *Guayaquil Antiguo*, sin embargo, observada en las imágenes del sueño que todavía

dominan la construcción de imaginarios urbanos de la ciudad, revelan aun un contenido alienado y utópico que las nuevas reconfiguraciones no se puedan entregar, ya que su propósito no es crear una ciudad libre de desigualdades, sino una nueva revalorización del espacio urbano. Por lo tanto, es importante desde la sociología urbana reconocer que las novedades urbanas en las ciudades y espacios urbanos extendidos, por un lado, no representan roturas profundas con un pasado que buscan sepultar, sino prolongaciones de lo mismo revestido en nueva imágenes actualizadas al capitalismo global posmoderno. Por otro, la perspectiva urbana debería incluir un reconocimiento de que la ciudad y el espacio urbano en sí constituyan ruinas en formación. Es decir, las solidificaciones circunstanciales en tiempo y espacio, la monumentalización gigantesca de la grandeza fugaz, y la fijación en el espacio material de nuevas imágenes e ideas no solo enfrentan a un pasado arraigado y afectivo, sino también constatan lo efímero y transitorio que son los momentos soñados de crecimiento—prólogos no para una utopía deseada sino para el infierno que acecha furtivamente por debajo de las superficies del “progreso” inevitable.

Conclusión

Este breve artículo plantea la idea de que, por un lado, la producción del espacio urbano—las redes de

actividades y prácticas imbricadas con los espacios materiales—se basa inherentemente en los vaivenes económicos estructurados por el contexto de los contextos del capitalismo como modo de producción. Por otro, se entiende que las imágenes y los imaginarios generados por esas estructuraciones y redes pueden sobrevivir más allá de sus configuraciones materiales. En este caso, *Guayaquil Antiguo*, como discurso regulador sobrevive hasta el presente, constantemente conjurado por la política de las elites y hasta en sectores populares, como emblema guiador en cuanto a cómo la ciudad se debería desarrollar y cómo los problemas “urbanos” se pueden resolver. La presente ronda de regeneración urbana dispone con la idea de reconstruir la ciudad decaída, resucitando imágenes del sueño del pasado glorioso de *Guayaquil Antiguo*, pe-

ro dentro de tal proceso las destruye y las reemplaza por unas nuevas imágenes de esperanza sin realmente reconstituir las bases de la actividad social en el modo de producción. Hasta mantiene, adaptándose a una nueva realidad, los mismos patrones de clientelismo y manejo político elitista, incluyendo una recuperación del “centro” como zona dominada por sus intereses y adornada con los monumentos a sus héroes—la mitificación del pasado comercial y el comercio global como fuentes de “progreso.” Lo que una sociología urbana contemporánea debería resaltar es cuán precarias son las bases sobre las cuales tal progreso se construye, promoviendo una perspectiva democrática basada en el derecho a la ciudad y las experiencias y necesidades de los ciudadanos más afligidos por el infierno nutrido por la modernidad capitalista.

Bibliografía

- Allan Alegría, Henry Patricio. 2018. *Guayaquil: ¿Modelo Existo de Desarrollo?* Editorial Universitaria: Quito.
- Benavides, O. Hugo. 2010. *The Politics of Sentiment: Imagining and Remembering Guayaquil*. University of Texas Press: Austin.
- Benjamin, Walter. 1999. *The Arcades Project*. Harvard University Press: Cambridge.
- Brenner, Neil and Christian Schmid. 2015. “Towards a New Epistemology of the Urban?” *CITY*, 19(2-3): 151-182.
- Castells, Manuel. 1974. *La cuestión urbana*. Editorial Siglo XXI: España.
- Delgado, Alina. 2013. “City Profile: Guayaquil.” *Cities*, 31: 515-532.

- Harvey, David. 2004. *El nuevo imperialismo*. Ediciones Akal: España.
- Lefebvre, Henri. 2013. *La producción del espacio*. Capitán Swing Libros: España.
- Robinson, Jennifer. 2006. *Ordinary Cities: Between Modernity and Development*. Routledge: London.
- Rojas M., Milton y Gaitán Villavicencio. 1988. *El Proceso Urbano de Guayaquil, 1870-1980*. ILDIS: Quito.
- Saunders, Peter. 1981. *Social Theory and the Urban Question*. Routledge: London.